

LOS TOROS

POR

A B E L B O N N A R D

DE LA ACADEMIA FRANCESA



He asistido últimamente a corridas de toros y he vuelto a encontrar en ellas todo el placer que había tenido al verlas, desde hace mucho tiempo, cada vez que venía a España. Quisiera referirme a este deleite, tratando de especificar sus diferentes elementos.

Lo que ante todo cautiva al profano, en una corrida de toros, es la presentación del espectáculo. En un gran día de verano, abrasado de sol, cuando en las graderías de la enorme plaza no queda un sitio vacío, ¿cómo no sumarse a los sentimientos de un público inmenso, mientras concentra toda su atención en el bello



grupo de toreros haciendo el paseo, que se han vestido, para arriesgar la vida, los trajes más vistosos y delicados, y cuya sangre puede a cada instante manchar los colores de las flores? Lo que primero seduce es esa ceremonia a un tiempo grave y rumbosa. Y en seguida conmueve y suspende el drama mismo, perfectamente ordenado, que se concreta por grados, desde su amplia obertura, llena de capricho y de fantasía, hasta el instante fatal en que un desnudo antagonismo enfrenta al toro que ha de morir con el matador que puede resultar muerto.

Entre estos dos extremos se despliega todo el arte, con sus invenciones, prestigios y adornos; arte a veces tan seductor que el peligro parece en él escamoteado por el juego. Entonces el espectador novel se convierte poco a poco en aficionado, a medida que su placer aumenta y se depura por la experiencia. En un principio delecta, para leerlo cada vez mejor, el poema de valor y de habilidad que cada maestro del toreo escribe sobre la arena del coso. ¡Cuántos momentos se destacan entonces del conjunto de la corrida por su gracia peculiar! ¿Hay algo más bello que esos lances en que el toro, alucinado por la fluctuación de las capas, burlado, chasqueado, casi escarnecido, parece un zángano rechoncho perdido entre las flores?



¿Hay algo más pasmoso que las banderillas maravillosamente puestas, cuando el toro, embistiendo al hombre que le llama y le provoca, se refrena sólo por las dos punzadas precisas que le infligen dos manos hábiles y serenas? No conozco nada que mejor represente la victoria del espíritu sobre la fuerza bruta.

No incurriré en la fútil comparación de las corridas de toros con los espectáculos





ofrecidos por los deportes: combates de boxeo, partidos de fútbol, torneos de esgrima y de tenis. Cualquier deporte nos da lecciones de energía, y en aquellos mismos en que la fuerza física parece serlo casi todo, no se adquiere nunca una superioridad eminente más que con intervención de la inteligencia. Lo único que me interesa notar aquí es que algunos de esos ejercicios, como las carreras de caballos o la venación montada, tienen más estilo que otros, es decir, dan lugar a una presentación que regula y ennoblece el esfuerzo humano. Pues bien, esta cualidad la encuentro yo, en grado superlativo, en las corridas de toros, y hace de ellas un espectáculo no sólo atrayente, sino simbólico y ejemplar.



Al emplear estas últimas expresiones, quiero decir que de todas las peripecias de la corrida no hay ninguna que no sea rica de sentido general; que no compendie y resuma en sí misma, para brindarlo a nuestra atención, lo que queda disperso y confuso en las luchas de nuestra vida. Cuando un gran torero muestra tanto valor como arte, se dice que trabaja entre los cuernos del toro. ¿Y qué hace, en circunstancias críticas, el hombre de Estado sagaz y lleno de sangre fría, sino trabajar entre los cuernos de los acontecimientos? Llegado el último acto de la tragedia, concentra el diestro toda su atención y su voluntad en cuadrar el toro. ¿Y qué hace el artista en el momento de emprender una gran obra, reuniendo todos los recursos de su talento y las fuerzas de su espíritu, sino cuadrar su asunto? ¿Qué



imagen más perfecta de la decisión (con la cual ha de simultanear la clarividencia más aguda y el denuedo absoluto), que la que nos da el matador cuando, solo frente al toro, en la suerte su-

prema, va a clavarle el mortífero estoque? ¿Y qué es el toro, en fin, sombrío y amenazador como una tormenta, con sus dos cuernos como rayos, sino una personificación de la Dificultad, tal como tenemos que vencerla en nuestro terreno, la cual es también brutal, marraja y cornuda?

Si paramos de nuevo la atención en el torero, encontraremos el mismo valor general en las cualidades que deben adornarle. Es a la vez un artífice que cincela su creación sobre un fondo de peligro, un virtuoso que nos hace olvidar tal peligro con su arte, un actor que trabaja en una tragedia verdadera, donde la muerte está realmente presente. Ha de ser pura invención en su duelo con el toro y su anhelo de gloria; pero, al mismo tiempo, deberá conservar absoluto dominio de sus nervios, permaneciendo impasible, imperturbable, para oír, sin que su faena se desluzca, los gritos y las invectivas del público.

Así, pues, no hay ninguna de las cualidades que son indispensables al matador de toros que no pueda aparecer en cualquier ensayo donde se ponga a prueba la capacidad humana.

En los más graves momentos de la lidia, cuando, como por ensalmo, el diestro parece haber reducido a docilidad a la bestia, antes indomable, que gira a placer en torno de su propia inmovilidad, ceñido y acosado por un peligro que desdeña risueño, ¿no pone de resalto ante nuestros ojos —y haciéndola espléndida— la cualidad suprema del hombre de acción: la calma; y no la de un espíritu adormecido, sino la que, por el contrario, se concierta con una atención vigilantísima, con una energía diligente, de modo que el torero es, en aquel trance, el modelo vi-





sible y la estatua policroma del hombre que cada uno de nosotros debiera ser en la hora crítica de su combate público o secreto?

Que las corridas de toros no tienen verdadero valor más que cuando son excelentes, es cosa que confirma y acentúa su semejanza con las otras artes. Las malas corridas no cuentan; no hay más remedio que olvidarlas. Son corridas; pero sólo en la medida en que los malos cuadros son pintura.

Concibo que haya españoles a quienes desagraden los toros. Es asunto de gusto personal al que no hay nada que oponer. Pero me dolería saber que hubiera quien deseara la desaparición de la fiesta. Porque no hay duda que las corridas conservan, cifran y definen el alma y el genio de España.

No va a ellas todo un pueblo sólo por divertirse y apasionarse, sino por recobrar conciencia de sí mismo, por volver a encontrarse y reconocerse en ese espectáculo elegante, artístico, peligroso, en esa no fingida tragedia, bajo el esplendor del sol.

Esta fuerza asociante no opera solamente entre los españoles. También en Méjico, en Lima y aun en otros países geográficamente lejanos de España y separados por la historia, las corridas hacen sentir a pueblos enteros la permanencia de su unión con lo español, por instinto y cultura. Allí mismo, la gigantesca corola del público forma parte de la lidia, ya cuando la multitud retiene su aliento con atención ávida y silenciosa, ya

cuando se desata en clamores, o ya, en fin, en los instantes, tan bellos, en que el ondear innumerable de los pañuelos es un ruego impaciente y mudo.

De las corridas que he visto, las que recuerdo con más gusto no son las más solemnes, donde a los sonos de una música jaca-randosa los mejores diestros hacían el paseo con su cuadrilla, marcando un poco el paso, vestidos con trajes de suaves colores, cubiertos de una capa de oro y de luz. Prefiero recordar otras no tan magníficas, pero popularísimas. Por ejemplo, las que he presenciado en esos pueblecitos de Castilla que interrumpen por un día su vida austera y en que hasta los mismos viejos que no van a la plaza guardan la fiesta sentándose gravemente ante la puerta de su casa a ver pasar a los espectadores.

Otra imagen que, no sé por qué, me gusta todavía más: Fué en Sanlúcar de Barrameda, al declinar de una espléndida jornada estival; por el horizonte de un mar de seda subían grandes y blandas nubes henchidas de la dulzura del tiempo. No había entre el público otros extranjeros que mis amigos y yo. Unos novilleros jóvenes, de nerviosa y elegante traza andaluza, se arriesgaban con increíble temeridad, para arrancar el aplauso de aquel público experto. Y, en efecto, cuando lo merecían, la ovación llegaba, y ensanchaba aquellos corazones casi infantiles con una ráfaga de gloria...

(Traducción de J. L. Vázquez Dodero.)
(Dibujos por Antonio Casero.)

